

DISCURSO DEL PRESIDENTE

Carlos Andrés Pérez

EN EL ACTO DE LA FIRMA DE LA DECLARACION DE AYACUCHO

(Por razones de espacio hemos omitido la primera parte)

En este día de fiesta de América en el Perú, hago presente a mis compatriotas latinoamericanos que la enseñanza más pura de nuestra historia, de sus exponentes cimeros, es la de la unidad. Unión para nosotros y para América. La libertad, la justicia, la democracia, la igualdad y el desarrollo, los hemos querido y procurado, y los queremos y procuramos, no egoístamente, sino como nos lo enseñaron los Libertadores, para la comunidad latinoamericana a la cual pertenecemos. Miranda, Bolívar, Bello, Sucre, Simón Rodríguez, son de Venezuela para la fraternidad, para el servicio, la defensa y el orgullo latinoamericanos. Nuestra patria nació con clara vocación de americanidad. En la más alta dimensión de América hay una presencia generosa de venezolanos que hoy venimos a ofrendar en el Perú a la integración latinoamericana.

El Ayacucho de hoy es el Ayacucho de la paz, de la civilidad y del derecho, del esfuerzo constructivo en la competencia seria, del trabajo y del estudio, dedicados a hacer una gran nación latinoamericana. Allí ganaremos la liberación económica y la definición integral del verdadero ser nacional de la nueva Patria, de la gran patria que debemos a los héroes, enmarcada en el respeto a la dignidad del hombre que se exprese en bienestar y en libertad.

Seríamos muy pequeños los países latinoamericanos aquí representados, si ante una fecha como la que ahora nos reúne redujéramos la acción a la pasiva rememoración, con ausencia de ánimo constructivo. Vinimos para expresar nuestra contribución, para dar nuestro aporte en esta hora de definiciones políticas que unifiquen a los países latinoamericanos, en torno a estrategias que hoy no dependen de las armas que ganaron el Ayacucho de 1824. Es el deseo que traigo de Venezuela. Que este encuentro de Jefes de Estado sirva para hacer posible una esperanza tan vieja como la Independencia y tan necesaria como ella.

América Latina tiene ante sí tarea largamente aplazada y tratada hasta ahora con insuficiente atención. La creación del sistema de seguridad política y de unidad económica que nazca de nuestras propias necesidades y no del interés circunstancial y calculado de los grandes centros del poder del mundo. Esa búsqueda la inició Simón Bolívar con la Convocatoria del Con-

greso de Panamá. No se inspiró ayer ni tiene por qué inspirarse hoy en hostilidad hacia nadie, sino como la aplicación del impulso hacia la autenticidad de nuestra independencia en el orden político y económico. Como afirmación espiritual para encontrar, fortalecer y defender nuestro ser nacional.

No incumbe a esta reunión que realizamos señalar las modificaciones que suscitan el orden de las instituciones supranacionales hemisféricas. Tampoco señalar concretamente los caminos de la integración económica. Como ya lo expresamos en la declaración histórica que acabamos de suscribir: "Cooperaremos fraternal y decididamente para que los pueblos de América Latina, hoy una mancomunidad de 300 millones de seres humanos, sumen sus esfuerzos ante el imperativo presente de trazar su propio camino, libre y autónomo, a la consecución de los objetivos de desarrollo económico y justicia social que hagan posible la plena realización y dignificación del hombre latinoamericano, único destinatario del legado histórico de la gesta emancipadora que culminó en Ayacucho".

En este orden de ideas me he permitido proponer a los Jefes de Estado que nos honramos aceptando la invitación del Excelentísimo Señor Presidente del Perú, una reunión en Caracas para toda la América Latina. Tal como Bolívar lo pretendiera, cuando con Sanchez Carrión como Secretario suscribió aquí aquella convocatoria al Congreso de Panamá. Es el mandato de la historia. La integración nacionalista nos llevará desde la dispersión colonial, por la vía de la soberanía económica, a la plena libertad política, a la superación cultural, a la igualdad y al desarrollo y a la democracia auténtica, como el modo de vida que hace al hombre dueño de sí mismo y a su conciencia dueña de su libertad.

Cree Simón Bolívar en 1824 que es preciso acompañar el principio de la seguridad militar con el de la seguridad política. Desde entonces para acá ha venido frustrándose constantemente esta ambición. Nuestro continente ha carecido por la debilidad, inconsistencia u obsolescencia de las instituciones supranacionales concebidas hasta hoy, un sistema verdadero de seguridad política. Sistema de seguridad política nacido de las propias necesidades de nuestros pueblos y no del interés circunstancial de los grandes centros del poder del mundo. Después de

la II Guerra Mundial los mecanismos de asistencia recíproca fueron esencialmente inspirados en factores extracontinentales, importante, sin duda, pero no lo suficientemente atentos a nuestro interés.

Nuestro Continente ha estado subordinado a todas las inseguridades y sorpresas que la economía mundial viene produciendo en este siglo. El precio de nuestras materias primas y de todo cuanto hemos querido producir y vender ha sido tratado de modo humillante. Un mundo equilibrado basado sobre la cooperación y no sobre la confrontación debe liquidar rápidamente esta injusticia. Los Jefes de Estado de la América Latina debemos reunirnos para proclamarlo y hacerlo posible.

La inseguridad económica se refleja en todos los órdenes. Hemos sido víctimas de todos los tratamientos, desde los de más implacables signos colonialistas hasta los de más sofisticada penetración tecnológica. La seguridad económica de este continente tiene que repudiar el vasallaje intelectual que impide la circulación libre de tecnología, el vasallaje tarifario que le niega tratamiento justo a los precios de los productos primarios y el vasallaje financiero que manipula y dificulta en los organismos económicos los créditos y la asistencia, o los somete a escrutinios y votos inaceptables por mediatizadores de nuestra soberanía.

Aspiramos a un sistema de seguridad económica sin preferencias, con justicia, no de privilegios sino de respeto recíproco. Ese nuevo orden económico internacional por el cual luchamos no podremos conformarlo mientras se acuda a divisiones artificiales e injustas en las relaciones económicas. Cuando se divide al mundo entre países consumidores y productores, se llama a los nuestros productores para quitarnos el derecho de ser consumidores. Y se nos impone vender barato lo que producimos y comprar caro lo que consumimos. Esta es la frontera de la servidumbre y la dependencia que divide a los pueblos.

Se nos llama productores para negarnos el reclamo digno de mejores precios para nuestros productos básicos; a los otros se les llama consumidores para exaltar su tradición de haber mal pagado los productos de los pueblos en desarrollo o de haber explotado a precios viles sus recursos naturales.

Venezuela analiza con objetividad y sin hostilidad contra nadie esta circunstancia intolerable del mundo en que vivimos. Estamos abiertos para las soluciones positivas, sin perjuicios que nos nieguen claridad o nos impida visión correcta de los hechos y caminos posibles para el entendimiento. Sentimos la inspiración bolivariana de la integración de los pueblos de América Latina, como necesidad inaplazable. Es lo que está en la sustancia misma, profunda, honda, de la historia de América que hoy estamos convocando con el recuerdo de Ayacucho. No la separación de nuestros pueblos sino su integración para la lucha y para la victoria. Somos pueblos con variaciones y acentos distintos pero con una perspectiva histórica, cultural y política. Tenemos una misma posición ante la vida. Lo más profundo de nosotros mismos en la historia que nos dió vida y destino, no es la separación sino la unidad. En nombre de Simón Bolívar, José de San Martín, José Martí, Andrés Bello, Sarmiento, Benito Juárez, José Artigas, Francisco de Paula Santander, O'Higgins y tantos más, afirmamos que la integración no es solo un ideal o una alternativa. Es la vía segura de nuestro destino.

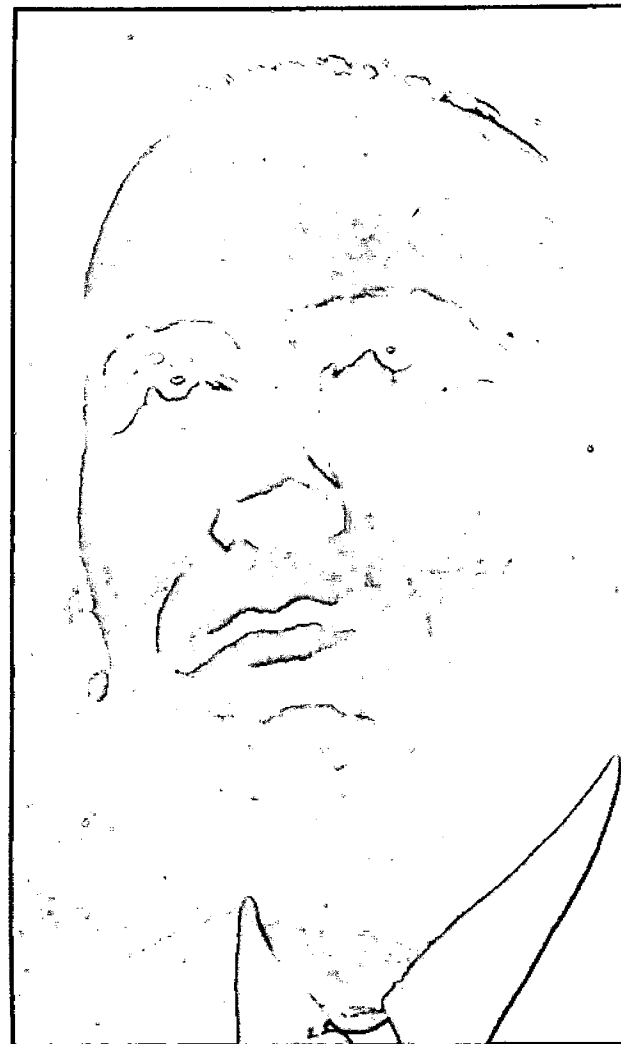
No fue fácil la independencia. Fue tarea de reveses innumerables administrar aportes, hombres y esfuerzos diversos. Tampoco será fácil el proceso de integración. Tenemos muchas cosas en común pero nuestras economías no se han organizado para su complementación. Esta perspectiva nos hace ver imposible el propósito que buscamos. Tampoco había caminos para conducir los ejércitos de la independencia, ni planes administrativos, ni organización estatal, ni métodos para la coordina-

ción del esfuerzo. Se tuvo entonces conciencia de los obstáculos y disposición de vencerlos, sin aceptar a priori que fueran insuperables. Esta noción precisa, objetiva, de las dificultades, es buena herramienta para concebir y ejecutar las diversas etapas de la integración. Lo estamos demostrando los países que suscribimos el Acuerdo de Cartagena, con todas las imperfecciones o limitaciones que aun subsisten.

Este es el objetivo de nuestra hora latinoamericana. Hacemos nosotros la integración para nosotros, o nos la harán desde fuera las empresas transnacionales. Ante esta disyuntiva, no caben vacilaciones. Traicionaríamos el legado de nuestros Libertadores, los intereses del pueblo latinoamericano, si la integración se convierte en proceso extraño, realizado por fuerzas multinacionales dirigidas por centros de poder internacionales. Como demasiado claro está también que la integración no la podemos alinderar dentro de astringentes parroquialismos nacionales que la anulan y contradicen. Tal como está sucediendo cuando al propio tiempo que proclamamos la integración, actuamos afirmando autarquías económicas en cada uno de nuestros países; o nos decimos hermanos, descendientes de los mismos padres libertadores y fomentamos la discordia al aceptar, sin beneficio de inventario, la herencia que nos legaron discordias y conflictos del pasado, ajenos a inquietudes, afanes y responsabilidades del presente latinoamericano.

Somos pueblos a quienes la historia y el sufrimiento unen y nos empeñamos en separarnos. Cuando en el alba de nuestra existencia como naciones libres Juan José Flores es Presidente del Ecuador, Antonio José de Sucre de Bolivia, y Andrés Bello moldea con sus manos de sabio la imagen de Chile, no son ve-

**Hacemos nosotros
la integración
para nosotros,
o nos la harán
desde fuera
las empresas
transnacionales**



nezolanos quienes lo hacen. Son ciudadanos de una República grande, latinoamericana, forjada en el sacrificio y dibujada con sangre de mártires que recordamos pero no honramos. Bolívar, San Martín, O'Higgins, y el trompeta que muere sonando la victoria o el llanero que tiembla de frío en Ayacucho o el hombre silencioso del altiplano, no son de esta o de aquella patria. Son todos de una inmensa, acogedora madre que es la América. Son latinoamericanos.

Hacia ese concepto debemos regresar, lo sentimos en el espíritu, lo llevamos en la historia. La geografía no puede derrotarnos. Menos hoy, cuando las lejanías se esfuman, cuando los medios de comunicación tejen sus redes en torno a la humanidad, para su bien o para su mal. Es nuestro deber tomar de nuevo la consigna que resuena en una de las estrofas del Himno Nacional de Venezuela: "La América toda existe en Nación".

Los latinoamericanos de hoy no hemos asumido a plenitud de conciencia la responsabilidad de nuestra hora. Vamos desgarrando a lo largo de los años nuestra común historia. Murallas de celos y desconfianza se interponen entre nosotros. Es preciso confesarlo, para que la franqueza reabra los caminos y derrumbe los muros de la incompreensión ante nuestro destino histórico, que divide nuestras patrias. No aceptamos el pasado sin el beneficio de reflexionar sobre nuestro futuro. La visión luminosa de nuestros libertadores, su grandiosa concepción de una América Latina unida, no podemos doblegarla o mediatizarla por errores de nuestros abuelos o de nuestros padres. Como en el hermoso, impresionante y sabio pasaje bíblico, somos estatuas de sal porque miramos siempre al pasado, al pasado que no tiene porvenir, porque no tuvo ni tiene participación en la historia que escriben los pueblos, sino en la pequeña, de las pasiones subalternas, de la anti-historia, que es la historia que no escriben los pueblos.

Asomaría el rubor culpable al rostro latinoamericano si hiciésemos ahora y aquí recuento de las mutuas quejas y de las querellas sin destino que, apegadas al pasado, confunden y enfrentan a los países que pretendemos llamarnos comunidad latinoamericana, sin asumir la conducta que nos impone la noble aspiración de serlo, enlazada a lo más hondo y hermoso de la historia que nos dió vida y ser nacional.

El pasado afirmativo es el camino de la historia de la grandeza latinoamericana. Atarnos a los errores del pasado y no enfocar con visión y mentalidad contemporánea las realidades del mundo de nuestro tiempo, y los objetivos de nuestras políticas para la liberación económica, es la causa eficiente de nuestros problemas y es el caballo de Troya que sin esfuerzo, no ellos, los poderosos países de la tierra, sino nosotros, hemos instalado a su servicio para ser dependientes. Bolivia sin Mar, Panamá sin Canal, Argentina sin Malvinas, Guatemala sin Belice, no son culpa de quienes detentan lo ajeno sino de la ausencia de conciencia latinoamericana, del error o miopías de pueblos que no hemos sido capaces de asumir el liderazgo que supieron alcanzar en su hora nuestros Libertadores.

Propongo que los historiadores de nuestra América se reúnan para escribir la historia americana para uso de los escolares de todos y cada uno de los pueblos que la integramos. Una historia en que se destaque y exalte lo que nos une, que afirme la comunidad de objetivos que fueron fuerza y energía al impulso de los libertadores, donde los hechos sean enfocados e interpretados desde el punto de vista latinoamericano y se limen viejas rencillas o pequeños obstáculos, consecuencia de errores cometidos por generaciones que nos precedieron y que no tienen derecho a interferir nuestro presente cuando tratamos de construir el futuro definitivo de la América Latina.

Es el camino para construir a los hombres y a las mujeres que van a ser los forjadores de la integración latinoamericana,

supremo objetivo de nuestra generación. Sin falsear la verdad, que nuestros niños sean orientados hacia la conciencia de la mancomunidad de pueblos latinoamericanos, sin otra frontera que aquella que se extiende hacia el futuro, hacia la cual marcharemos juntos, como conquistadores del mundo nuevo, en la justicia social, en la paz, en la amistad, en la solidaridad que debe unificarnos.

En nombre del pueblo venezolano invito a los historiadores y educadores de América Latina para que se reúnan en Caracas, cuna del Libertador, para que ofrezcan a nuestros niños ese manual de historia que ya no será historia de pueblos, de caudillos o de ambiciones subalternas, sino historia de un pueblo, el nuestro, el latinoamericano, el que forjaron los libertadores para que lo construyéramos nosotros, sus descendientes.

De otro modo no tendría sentido reunimos aquí para recordar el esfuerzo final de nuestros héroes en Ayacucho. Este gesto unánime, religioso casi, con que venimos a rendir homenaje a quienes regaron con su sangre y su angustia esta tierra americana, tiene histórico contenido de aleccionador ejemplo. Más allá de toda esta justificada emoción que nos embarga debemos pensar que los hombres que lucharon por la libertad de América fueron libertadores porque rompieron con el pasado. Fueron Libertadores porque asumieron sobre sí la responsabilidad de quebrantar los lazos del vasallaje, rompiendo vínculos con ínfimas rivalidades o apartando rencillas que separaban del objetivo supremo. Fueron libertadores porque se lanzaron sin miedo hacia el futuro, porque abandonaron la cotidiana seguridad y se entregaron a la aventura de construir un nuevo mundo para hombres nuevos. Y fueron libertadores porque entendieron el destino latinoamericano y se entregaron a su servicio sin menguados cálculos chauvinistas, intuyendo el gran destino latinoamericano, aun por construir.

Este es el ejemplo de las luchas libertadoras. Es el ejemplo que debemos rescatar. Y ésta la enseñanza. Los pueblos que miran hacia el pasado de errores y negaciones, atados quedan al pasado.

Somos los venezolanos por temperamento un pueblo con vocación universal, con deseos de comprender lo distante, lo distinto, lo diverso y lo plural, lo ajeno y lo propio. De allí que proclame Venezuela su posición latinoamericana, que busquemos y deseemos soluciones positivas a los problemas de nuestro país, de nuestro continente y de este planeta tan reducido en que vivimos. Nuestra aspiración de entender a los demás sólo corre pareja a la otra de ser entendidos: y nuestro interés en respetar las opiniones e intereses ajenos sólo se corresponde con nuestro derecho a ser oídos y a ser respetados.

Hemos cumplido una experiencia democrática durante los últimos 15 años que no pretendemos ni recomendar ni exportar. La presentamos con sus defectos y con sus aciertos para que sea vista y examinada. No la concebimos tampoco como modelo sino como experiencia, no como dogma sino como acción y modo de vida, para asegurar el progreso en libertad. Venezuela aspira hacer y acentuar las transformaciones fundamentales de su sistema social y económico, en paz con su conciencia democrática. Queremos desarrollar las fuerzas interiores del pueblo sobre bases éticas, con un código de conducta de impecable respeto a otros países. Estamos en capacidad de oír las críticas que se hagan a nuestro sistema, porque la crítica es posibilidad para corregir rumbos o superar errores. Esta es la esencia misma del sistema democrático, que se desarrolla y engrandece en dimensión humana, en la controversia que se inspira y defiende en la libertad de conciencia que hacen al hombre dueño de sí mismo y abre los caminos sin fin a la libertad de pensamiento.

El dilema es claro, inequívoco, la América Latina ha si-

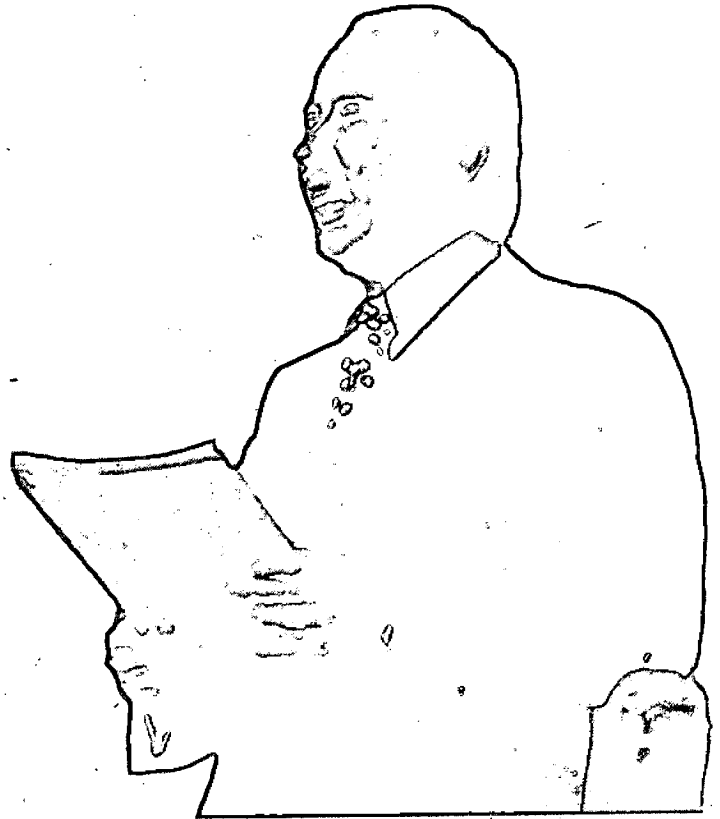
do y será continente marginado en las decisiones del mundo si no encuentra su camino de integración. No hemos hecho ni estamos haciendo historia contemporánea. Estamos fuera de los centros del poder y de los núcleos directores de la influencia en el mundo. No podremos hacernos respetar, ni tener participación en las decisiones. Para que esto sea posible será indispensable que los acuerdos entre nosotros mismos, por encima de rivalidades o rencores, sin destino histórico, encuentre e identifiquen metas comunes que respeten nuestra individualidad nacional para que no sacrifiquen el panorama integral de nuestro destino. Vivimos en un mundo cada vez más vinculado por el poder unificador de la economía, de la tecnología, y por la avasallante presencia de problemas comunes.

Hemos de estar activos en la realización de los grandes planes que nos permitan combatir la pobreza. La miseria nos avasallará a cada uno como lo ha sido hasta el presente, si no la combatimos y la vencemos entre todos, Venezuela está pronta para este programa y desea intercambiar opiniones y criterios sobre los modos prácticos de acción.

Compatriotas Latinoamericanos:

Venimos a reconfortar nuestra esperanza y nuestra fe convocando en el recuerdo el ejemplo de Ayacucho. Estamos ante el desafío de nuevas realidades que nos imponen la otra gran batalla, el esfuerzo de la integración que yo he querido llamar al nuevo Ayacucho, al Ayacucho sin armas, al alcance de nuestra voluntad si es que estamos a la altura de nuestro gran destino latinoamericano.

Si somos capaces de dar este gran paso en la historia de América Latina, podremos emprender con seguridad de victoria, a paso de vencedores, el reto que se nos plantea por el egoísmo y la incompreensión de los países desarrollados. Somos víctimas del totalitarismo económico, que despiadadamente sobre nosotros han desatado los países industrializados. Hablamos fundamentalmente sobre hechos que revelan la magnitud de la injusticia. Recordamos que en 1960, las Naciones Unidas proclamaron que se iniciaba el primer decenio del desarrollo, con justicia; en 1970 el segundo decenio con el objeto de cubrir la reciente brecha entre los países pobres y los países ricos; estamos en el segundo quinquenio del segundo decenio, y los resultados en estos quince años no pueden ser más desoladores e inquietantes. Durante el primer decenio, el de los años 60, el producto bruto en los países industrializados se incrementa en 900 mil millones de dólares, y en ese mismo lapso la suma del producto de los países que comprenden las dos terceras partes de la población del mundo, apenas se incrementó en sesenta y seis mil millones de dólares. Para este segundo decenio lo señaló el Sr. Mac.Namara en la UNCTAD III, el producto bruto de los países industrializados que era de dos trillones de dólares en 1970, subiría a tres trillones en 1980. Para racionalizar esta cifra y llevarla al alcance de nuestra capacidad de entendimiento, quiero decir que ése tres con doce ceros significa un aumento de 1.200 dólares de renta promedio por habitante sobre 1970 para los países desarrollados, mientras que las otras tres cuartas partes de la población mundial, solamente tendrá en ese mismo lapso un aumento de ingresos inferiores a los 100 dólares. Esto es que, mientras una cuarta parte del mundo tendrá para 1980 un ingreso promedio por persona superior a los 4.000 dólares, las otras tres cuartas partes sólo llegarán al miserable total de 250 dólares para 1960. Desunidos no podremos enfrentar esta injusticia de que somos víctimas para combatir la desigual distribución de la riqueza actual y la desigual producción de potencial productivo de la riqueza futura. Y es aquí donde cobra toda su dramática vigencia la necesidad de la integración a la cual nos invita con su glorioso recuerdo la celebración de Ayacucho, y nos propone como camino la continuación de la obra que ya inició el Libertador Bolívar, con la con-



**Desunidos
no podremos enfrentar
esta injusticia de que somos víctimas
para combatir
la desigual distribución de la riqueza.**

vocatoria del Congreso Anfictionico de Panamá.

A la América Latina completa, entera y una, envío el saludo de mi patria venezolana en esta hora que quiere ser de hondo regocijo porque nos encontramos en la encrucijada y sabremos escoger la ruta. El camino que hace 150 años nos abrieron en Ayacucho para transitarlo con coraje y decisión de Libertadores. Donde ya, abrimos nuestros brazos, cordiales y firmes, a la reunión fraternal que el año próximo puede bien depararnos la materialización de los objetivos prácticos hacia la meta de la necesaria unión integradora.

Como lo dije en Caracas, al despedirme temporalmente de mi pueblo, en la celebración de los Sesquicentenarios de Ayacucho y de la convocatoria del Congreso de Panamá, el recuerdo de aquel joven, de aquella hazaña, de su gesto preñado de esencia y de símbolo descolgando el Pendón de Pizarro y el del padre que recibe la ofrenda merecida por sus trabajos y por su vida plena, en una espada entregada con el corazón sincero, para una América distinta, nos comprometete para la unión, para el esfuerzo laborioso que no desmaya, para la fortaleza que sólo por la unión se alcanza.

Peruanos:

Ni ustedes ni yo olvidaremos este día. No nos hemos reunido para hacer memoria de los hechos, para la transcripción de hombres y sucesos. Nos congrega en esta noble patria la decisión de unirnos. La fe de Bolívar en el Perú y en los peruanos es la fe de Venezuela. Permítanse hacer más, de Venezuela toda, sus palabras, para repetirlas hoy con el lenguaje sincero: "Tenéis mis derechos a mi corazón, os lo dejo para siempre".